

Cable pelado

por Javier Ruiz y ChatGPT

Capítulo 1: La espiral sangrienta

La fábrica de bobinas eléctricas Copperville era una ciudad en sí misma, una metrópolis hecha de madera, cobre y plástico donde los habitantes nacían para enrollarse y desenrollarse lentamente hasta llegar a su fin inevitable: convertirse en meros trozos reciclables. La vida allí tenía su orden: las bobinas pequeñas jugaban en la zona infantil, bobinas medianas asistían a clases de tensado y conducción, y las grandes bobinas adultas trabajaban largas jornadas distribuyendo energía a lugares desconocidos.

En este ecosistema perfecto habitaba la respetable familia Voltman, cuyas vidas cambiaron para siempre una tarde particularmente húmeda (terrible para cualquier bobina), cuando Markus y Stephanie, sus dos hijos, desaparecieron sin dejar rastro en la zona intermedia.

Desesperados, los Voltman contrataron al legendario inspector Arroyo, una bobina veterana cubierta de polvo con un bigote de cobre pulido y sombrero fedora calado hasta el núcleo. Arroyo no era una bobina cualquiera; tenía fama de resolver incluso los casos más enrollados, especialmente después del sonado asunto de la "Bobina fantasma del pasillo B-27".

Sin embargo, aquella mañana trágica, mientras la fábrica comenzaba a vibrar con los primeros impulsos eléctricos del día, un joven aprendiz soltó un grito que resonó por toda Copperville. En medio del pasillo principal yacía Arroyo: su núcleo partido en dos como un cascarón viejo, el cable

de cobre de su interior cortado y desparramado en espiral por el suelo, como vísceras metálicas brillando bajo la fría luz fluorescente.

La escena era grotesca incluso para los más curtidos operarios. ¿Quién sería capaz de semejante barbaridad? ¿Por qué razón alguien querría desmadejar al inspector Arroyo?

El forense, una bobina anciana de lentes gruesas llamada McWatt, se inclinó sobre los restos.

-Esto no ha sido casual, Voltman -le susurró al desconsolado padre de Markus y Stephanie, quien contemplaba la escena con ojos empañados por la electricidad estática-. Quien haya hecho esto sabía muy bien dónde cortar. Lo desenrollaron vivo.

La noticia se propagó rápidamente entre murmullos electrificados. El crimen golpeó el núcleo mismo de la comunidad bobinil. El inspector Arroyo no solo había muerto; lo habían asesinado de la forma más vil imaginable.

Voltman, con una determinación nacida de la pérdida y el horror, tomó una decisión. Levantó su mirada resuelta hacia las decenas de bobinas que observaban con temor:

-No vamos a permitir que esta fábrica nos desenrolle sin resistencia. Encontraremos al culpable, cueste lo que cueste.

Pero en lo más profundo de Copperville, en una esquina oscura donde las bobinas viejas susurraban historias sobre monstruos que desgarraban cobre con los dientes, algo comenzó a reír con un chisporroteo sombrío y metálico. Aquello solo acababa de comenzar.

Capítulo 2: El pasillo de las sombras

Después de la macabra muerte de Arroyo, Voltman decidió llevar su propia investigación. Armado únicamente con coraje y un precario voltímetro, comenzó a recorrer las zonas olvidadas de Copperville en busca de pistas.

Su primer encuentro fue con Frankie, una bobina reciclada que ahora vivía abandonada entre cajas viejas y polvo acumulado. Frankie hablaba con voz rasposa, una consecuencia de haber sido recubierto y desenrollado varias veces.

-¿Niños desaparecidos, dices? -preguntó con indiferencia-. Este lugar se traga a las bobinas todo el tiempo, viejo. Aunque lo de Arroyo... -Frankie tragó saliva, si es que una bobina podía hacer tal cosa- eso es diferente. Eso fue personal.

Frankie condujo a Voltman a un depósito polvoriento al fondo de la fábrica, donde la luz apenas penetraba. Al encender la linterna, Voltman sintió un escalofrío eléctrico recorrer su núcleo: frente a él se extendían centenares de núcleos vacíos, apilados sin orden, como tumbas olvidadas.

-¿Qué es esto, Frankie? -preguntó Voltman, su voz temblorosa.

-Aquí terminan quienes estorban -respondió Frankie, bajando la voz hasta un susurro-. Quizá tus hijos pasaron por aquí.

Voltman sintió que la electricidad se le cortaba momentáneamente. Cuando recuperó el aliento eléctrico, Frankie ya se había marchado, dejando solo silencio.

En la oscuridad, una sombra sonrió. Sus manos deformes acariciaron lentamente un cable enrollado, que sostenía un mensaje macabro escrito con el propio cobre de Arroyo:

"Voltman, desenrollaré cada una de tus fibras hasta encontrarte."

El pasillo se llenó de ecos siniestros mientras Voltman comprendía que esto era apenas el principio del horror que aguardaba en Copperville.

Continuará.